

823

W



PR 5774

W4

56

1905

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad del editor

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

CUANDO EL DORMIDO DESPIERTE...

CAPITULO PRIMERO

INSOMNIO

Una tarde, al bajar la marea, Mr. Isbister, joven pintor que residía en Boscastle, se encaminó desde este punto á la pintoresca ensenada de Pentaigen, deseando examinar las cuevas de la costa. A la mitad del empinado sendero que conduce á la rivera de Pentaigen, topó, de pronto, con un hombre que estaba sentado en actitud de profunda desolación, bajo una masa de rocas que avanzaba hacia el mar. Las manos de aquel hombre descansaban inertes sobre sus rodillas, tenía los ojos enrojecidos, y sus mejillas estaban humedecidas por el llanto.

Volvió el rostro al ruido de las pisadas de Isbister. Ambos quedaron desconcertados, sobre todo Isbister, y, para borrar el mal efecto de su involuntaria intrusión, hizo la observación, con aire de maduro conocimiento, de que el tiempo no era demasiado caluroso dada la estación en que se encontraban.

—Verdad—dijo el desconocido, brevemente; vaciló un momento y añadió con acento indefinible:—¡No puedo dormir!

Isbister se paró en seco.

—¿No?—fué todo cuanto dijo; pero la interrogación produjo su efecto.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

—Parecerá increíble—dijo el desconocido volviendo á Isbister sus fatigados ojos, y acentuando sus palabras con lánguido movimiento de la mano,—pero no he dormido... no he dormido un momento durante seis noches.

—¿Ha consultado usted?

—Sí. Mal remedio por lo general. Drogas. Mi sistema nervioso... Las drogas van bien para el común de las gentes. Es difícil explicarlo. No me atrevo á tomar... medicamentos suficientemente poderosos.

—Eso dificulta el asunto—observó Isbister.

Permanecía en el estrecho sendero, como perplejo y sin saber qué hacer. Claramente, el hombre deseaba hablar. Una idea bastante natural, dadas las circunstancias, le indujo á continuar la conversación.

—Yo jamás he padecido de insomnios—dijo en tono de amena charla,—pero he conocido personas que en casos semejantes han encontrado generalmente algo... Yo no he querido hacer experimentos.

Hablaba fatigosamente. Hizo un gesto de repulsión y durante un momento ambos hombres quedaron silenciosos.

—¿Y ejercicio?—insinuó Isbister con desconfianza, con una mirada que fué del demacrado semblante del hombre al traje de campo que llevaba.

—Eso es lo que he probado, imprudentemente quizás. He seguido la costa, día tras día... desde Nev-quay. Sólo ha servido para añadir la fatiga física á la mental. La causa de esta intranquilidad ha sido un exceso de trabajo... sinsabores. Había algo...

Se detuvo de puro cansancio. Se pasó la mano por la frente y reanudó el diálogo como quien se habla á sí mismo.

—Soy un lobo solitario, un ser aislado, cruzando á través de un mundo en el cual no tengo parte. No tengo mujer... ni hijos... ¡qué es hablar de hijos cuando la muerte tala en el árbol de la vida! No tengo mujer ni hijos... ni tengo deberes que llenar. Ni siquiera un deseo en mi corazón. Una sola cosa pude hacer á lo último. Dije, «quiero hacer esto», y para hacerlo, para vencer la inercia de este cuerpo abrumado, recurrí á las drogas. ¡Gran Dios! ¡Ya estoy harto de drogas! No sé si usted

siente la pesada inconveniencia del cuerpo, sus irritantes demandas de tiempo, de la mente... ¡tiempo... vida! ¡Vivir! Vivimos únicamente á secciones. Hemos de comer, y después sobrevienen las penosas complacencias digestivas... ó irritaciones. Hemos de tomar el aire, ó de lo contrario nuestros pensamientos se hacen tardos, estúpidos, corren entre abismos y caminos sin salida. Mil distracciones surgen de dentro y de fuera, y luego se sucede el decaimiento y el sueño. Los hombres parecen creados para dormir. ¡Cuán poco del día pertenece al hombre... aun el mejor! Y luego vienen esos falsos amigos, esas ficticias ayudas, los alcaloides que suprimen el natural cansancio y matan el descanso... café negro, cocaína...

—Ya sé—dijo Isbister.

—Llevé mi labor á cabo—dijo el desvelado con quejumbrosa entonación.

—¿A este precio?

—Sí.

Durante un breve rato los dos hombres permanecieron sin hablar.

—No puede usted imaginarse cómo ansío el descanso; tengo hambre y sed de él. Por seis largos días, desde que terminé mi obra, mi mente ha sido un torbellino, rápido, é incesante, un torrente de pensamientos cayendo en ninguna parte, girando en torno, vivo y...

Se detuvo.

—¡Hacia el abismo!

—¡Necesita usted dormir!—dijo Isbister decididamente, y con el aire del que hace un descubrimiento.—¡Necesita usted dormir imprescindiblemente!

—Mi mente es perfectamente lúcida. Jamás ha sido más clara. Pero conozco que marcha hacia el vórtice. Bien pronto...

—¿Sí?

—¿Ha visto usted los objetos atraídos por un remordimiento? Fuera de la luz del día, fuera de este dulce mundo de sanidad... abajo...

—Pero...—reconvino Isbister.

El desconocido extendió una mano hacia él. Su mirada era ardiente y su voz retumbante:

—Me mataré. A falta de otro medio... al pie de ese negro precipicio, donde las olas son verdes, y la blanca cresta se eleva y cae, produciendo pequeños hilos de agua. ¡Allí al menos podré... dormir!

—¡Eso no es razonable!—dijo Isbister, impresionado por aquel histérico arranque de emoción del desconocido.

—¡Es preferible tomar narcóticos!

—¡Allí al menos se duerme!—repitió el desconocido, sin escucharle.

Isbister le miró y se dijo interiormente si alguna complicada y providencial coincidencia no les había reunido aquella tarde.

—Eso no es seguro, como usted sabe—observó.—En la ensenada de Lulwosth hay un precipicio semejante... tan alto por lo menos... y una niña cayó de la cúspide al fondo. Pues bien... hoy vive buena y sana.

—Pero ¿y esas rocas que hay al pie?

—Muy bien pudiera yacer uno desvanecido sobre ellas toda una noche, con los huesos rotos acariciado por las olas frías... ¿eh?

Se encontraron sus miradas.

—Siento mucho echar un jarro de agua fría sobre sus ideales—dijo Isbister con cierto sentimiento de involuntaria malignidad.—Pero un suicidio desde este acantilado, ú otro acantilado cualquiera, artísticamente hablando... —se hechó á reír.—¡Hay tanto *amateur*!

—¡Pero lo otro—dijo el desvelado con irritación,—lo otro! No hay hombre que pueda conservarse sano si noche tras noche...

—¿Ha paseado usted solo á lo largo de esta costa?

—Sí.

—Pues ha sido una simpleza. Perdone usted que lo diga así. ¡Solo! Como usted ha dicho, un cuerpo cansado no es remedio para una mente cansada. ¿Quién se lo ha aconsejado? No me extraña; ¡andando! Y el sol abrasándole la cabeza, calor, cansancio, soledad, todo el día, y después, supongo, á meterse en la cama y tratar de dormir... ¿eh?

Isbister calló y miró dudosamente al desvelado.

—¡Mire usted esas rocas!—dijo éste con súbita con-

tracción de gesto.—¡Mire usted ese mar que ha brillado y temblequeado desde los primeros días! ¡Mire usted la blanca espuma correr hacia la oscuridad bajo las enormes rocas! Y la bóveda azul, con el astro rutilante cerniéndose en mitad de la cúpula. Este es su mundo. Usted lo acepta, usted se regocija de él. El le conforta, le sostiene y le deleita. Y para mí...

Volvió la cabeza y mostró una faz lívida, unos ojos sin expresión y unos labios exangües. Hablaba como un surro.

—Es la vestidura de mi miseria. El mundo entero... es la vestidura de mi miseria.

Isbister contempló toda la salvaje belleza de aquellas rocas bañadas por los rayos del sol, y después volvió los ojos al desesperado semblante. Por un momento guardó silencio.

Hizo un movimiento y un gesto de impaciente repulsión.

—Consiga usted dormir una sola noche—dijo,—y no verá tanta miseria en todo esto. Se lo aseguro yo.

En este momento tuvo la convicción de que aquel encuentro era providencial. Media hora antes se sentía horriblemente fastidiado. Allí había manera de emplear sus ociosos pensamientos y de un modo plausible. Se aferró á la idea inmediatamente. Parecióle que la primera necesidad de aquel ser extenuado era alguna compañía. Sentóse en uno de los ríscos de la pendiente vereda, frente á la inmóvil y silenciosa figura, y desplegó acto seguido todas sus baterías de conversador entretenido y ameno.

Su oyente parecía haber caído en un estado de apatía; miraba vagamente hacia el mar y sólo hablaba para contestar á alguna pregunta directa de Isbister, no á todas. Pero no dió muestras de rechazar aquella benévola intrusión en su infortunio.

En cierto vago modo, hasta parecía agradecido, y cuando Isbister, conociendo que su desorientada charla iba perdiendo vigor, sugirió que podían repechar la pendiente y regresar á Boscatle, continuando hasta Blackajut, asintió dócilmente. A media cuesta, comenzó á ha-

blarse á sí mismo, y de pronto, volviendo el rostro mortecino á su compañero:

—¿Qué ocurrirá?—preguntó haciendo un ademán con la mano.—¿Qué ocurrirá? gira, gira, gira. ¡Todo da vueltas y vueltas, vueltas y vueltas por siempre jamás! Y con la mano iba describiendo círculos.

—Todo va bien, camarada—dijo Isbister con el aire de un antiguo amigo. No se preocupe usted. Tenga usted confianza en mí.

El desconocido dejó caer la mano y siguió andando. Caminaron á lo largo del borde uno tras otro hacia el promontorio. Pasado, Perally, el desvelado empezó á gesticular pronunciando inconexos períodos como inspirados por un confuso cerebro. En el promontorio se detuvieron un momento, en el sitio que mira hacia los oscuros misterios de Blac-Kapit, y el desvelado se sentó. Isbister había reanudado la conversación en cuanto el camino les permitió ir de dos en fondo. Se extendía acerca de la dificultad de tomar puesto en Boscastle con mal tiempo, cuando de pronto y fuera de todo propósito, su compañero le interrumpió de nuevo.

—Mi cabeza no es lo que era—dijo gesticulando á falta de más expresivas frases.—No es lo que era. Siento una especie de opresión, un peso. ¡No... no somnolencia! ¡Ojalá lo fuese! Es como una sombra, una profunda sombra, cayendo súbita y rápidamente á través de algo ocupado. Gira, gira entre la oscuridad. El tumulto de pensamientos, la confusión, remolino y remolino. No puedo expresarlo. Apenas puedo fijar mi mente en ello... lo bastante concreto para decirlo.

Se detuvo débilmente.

—No se apene usted, camarada—dijo Isbister.—Creo comprenderle. De cualquier modo, no es importante que lo sepa yo ahora precisamente.

El desvelado se llevó los nudillos á los ojos y se los frotó. Isbister continuó hablando un rato, mientras la frotación continuaba, y luego tuvo una idea.

—Venga usted á casa conmigo—dijo—y fumaremos una pipa. Le enseñaré algunos dibujos míos del Blackajut. Si usted tiene gusto...

El otro levantóse obedientemente y siguió á Isbister.

Este se percató de que tropezaba con frecuencia y que sus movimientos eran lentos y vacilantes.

—Venga usted á casa—repitió Isbister;— echaremos unos cigarrillos y algunas copas de vino... ese don del cielo.

El desconocido vaciló en la verja del jardín. No parecía ya darse clara cuenta de sus acciones.

—Yo no bebo—dijo lentamente, penetrando en el jardín; y después de una pausa, repitió abstraído.—No... yo no bebo. Todo gira alrededor. ¡Gira... alrededor... gira!...

Tropezó en el umbral, y entró en la estancia con el aspecto del que no ve nada.

Luego se dejó caer brusca y pesadamente en una butaca, como si le echasen. Se inclinó hacia adelante con las manos sobre las cejas y se quedó inmóvil.

De pronto hizo un pequeño ruido con su garganta. Isbister discurría por el aposento con el nervosismo de un inexperto huésped, haciendo pequeños comentarios que apenas merecían respuesta. Fué á tomar su álbum, colocólo encima de la mesa y miró el reloj de la chimenea.

No sé si querrá usted cenar conmigo—dijo, con un cigarrillo sin encender en la mano, ocupada su mente con el designio de tomar una dosis de cloral.—Carnero, hambre... eso es... pero pasaderos postres. Y creo que una torta.

Repitió esto después de un momentáneo silencio.

El desconocido no contestó. Isbister se detuvo, con una cerilla en la mano, y se fijó en él.

La inmovilidad se prolongaba. La cerilla se consumió, el cigarrillo fué arrojado sin encender. El hombre estaba completamente inmóvil. Isbister tomó el álbum, abriólo, lo volvió á dejar, vaciló, y pareció querer hablar.

—Quizás—musitó con aire de duda. Al poco rato miró á la puerta y después á la figura. Luego salió de puntillas del aposento, mirando á su compañero á cada paso.

Cerró la puerta con precaución. La puerta de la casa estaba abierta, y salió fuera del vestíbulo permaneciendo

donde el acónito brotaba en la esquina de una era de flores. Desde allí podía ver al extranjero á través de la ventana abierta, inmóvil y con la cabeza entre las manos. No se había movido.

Un grupo de chiquillos que pasaba por el camino, se detuvo y miró al artista con curiosidad. Un barquero cambió con él algunas frases corteses. Imaginó que su circunspecta actitud y posición debía parecer singular é inexplicable. Sacó su pipa y bolsa del bolsillo, y llenó lentamente la primera.

—Me extraña...—dijo. De todos modos hay que esperar una oportunidad.

Prendió un fósforo con ademán nervioso y lo aplicó á la pipa.

A los pocos momentos oyó los pasos de su patrona, que salía de la cocina con una luz encendida. Volvióse, dando fumadas á la pipa, y la detuvo á la puerta de su gabinete. Encontró alguna dificultad en explicarle la situación con medias palabras, pues la buena mujer no sabía nada del nuevo huésped. Retrocedió llevándose la lámpara, algo intrigada á juzgar por sus maneras, y el artista se refugió de nuevo en el ángulo del pórtico, un tanto embarazado.

Bastante rato después, así que hubo fumado su pipa, cuando los murciélagos comenzaban sus correrías, la curiosidad pudo más que la duda, y se deslizó hacia el oscuro gabinete. Se detuvo en el umbral. El desconocido continuaba en la misma actitud, sumido en la sombra que proyectaba la ventana. Excepto el lejano canto de algunos marineros, en la cubierta de un velero surto en el puerto, la noche estaba en calma. Fuera las espigas del acónito y el delfinio se mantenían rectas é inmóviles contra la sombra de la ladera. Algo brilló en la mente de Isbister; retrocedió, y apoyándose en la mesa, prestó atención. La desagradable sospecha se hizo más fuerte; llegó á convertirse en convicción. Le sobrecogió el asombro y tras el asombro... el miedo.

El desconocido no respiraba.

Dió lentamente y sin ruido la vuelta á la mesa y se detuvo dos veces á escuchar. A lo último puso la mano

en el respaldo de la butaca. Inclínose hasta que las dos cabezas casi se tocaban. Luego se inclinó más para mirar el semblante de su huésped. Retrocedió violentamente y lanzó una exclamación. El desconocido tenía los ojos puestos en blanco.

Miró de nuevo, y se cercioró de que estaban abiertos, con las pupilas ocultas hacia los párpados. Le entró un súbito temor. Impresionado por el extraño estado de su huésped, le sacudió el hombro.

—¿Duerme usted?—gritó, repitiendo de nuevo la pregunta:—¿Está usted dormido?

De su ánimo se apoderó la convicción de que aquel hombre estaba muerto. Asustado de veras, cruzó rápido el aposento, tropezando con la mesa, y tiró del cordón de la campanilla.

—Traiga usted una luz en seguida—gritó desde el pasillo.—A mi amigo le ha ocurrido algo.

Luego volvió al lado de la inmóvil figura, la volvió á sacudir y gritó. El aposento estaba iluminado por un resplandor amarillento; al fin la asombrada dueña entró con una luz. Su rostro estaba lívido cuando Isbister se volvió hacia ella.

Es necesario que vaya usted á traer un médico en seguida,—dijo.—Está muerto ó accidentado. ¿Hay algún médico en el pueblo? ¿Dónde podrá encontrarsele?

CAPITULO II

EL ARROBAMIENTO

El estado de rígida catalepsia en que aquel hombre había caído duró bastante tiempo, y después pasó lentamente á una condición de flacidez, á una laxitud sugestiva de profundo reposo. Entonces fué posible cerrarle los ojos.

De la fonda fué conducido al hospital de Boscastle, y de allí, transcurridas algunas semanas, á Londres. Pero

resistió á toda tentativa de reacción. Pasado cierto lapso de tiempo, por razones que se indicarán más tarde, estas tentativas quedaron en suspenso. Durante mucho tiempo permaneció en aquella extraña situación, inerte é inmóvil; ni muerto ni vivo, sino estacionario, fluctuando entre la nada y la existencia. Una somnolencia no interrumpida por un destello de pensamiento ó sensación, un sueño sin ensueños, un vasto período de paz. El tumulto de su mente se había concluído y transformado terminando en un constante estado de silencio. ¿Dónde está cualquier hombre cuando la insensibilidad se apodera de él?

—Parece que fué ayer—dijo Isbister.—Lo recuerdo todo como si hubiera sido ayer... quizás más claro aun.

Era el Isbister del precedente capítulo, pero no ya un joven. El cabello que fué castaño, y algo más largo de lo que exige la moda, era color gris de acero, y cortado al rape, y el rostro blanco y sonrosado, se había curtido, y ostentaba un color rojizo. Llevaba una barba puntiaguda matizada de blanco. Se dirigía á un hombre más viejo que él que lucía un terno de dril (el verano había sido extraordinariamente caluroso). Aquel individuo era Warming, un procurador de Londres, y pariente de Graham, el hombre que había caído en sueño cataléptico. Y ambos estaban juntos, en la sala de una casa de Londres, contemplando la yacente figura.

Una figura amarillenta, tendida en una cama, envuelta en amplia camisa, una figura de rostro contraído, de erizada barba, desfallecidos miembros, blandas uñas, cubierta por una vitrina de cristales gruesos. Estos cristales parecían marcar la separación del dormido, de la vida real que se agitaba en torno suyo; era una cosa aparte, una extraña y aislada monstruosidad. Los dos hombres estaban pegados al cristal, escudriñando.

—Recibí una fuerte impresión—dijo Isbister.—Aun siento una rara sorpresa cuando recuerdo aquellos ojos blancos. Porque los tenía en blanco... ¿sabe usted?... vueltos hacia arriba. Al verle, todo viene á mi memoria.

—¿No le ha visto usted desde entonces?—preguntó Warming.

—Con frecuencia he querido venir—contestó Isbister,

—pero tengo demasiados negocios y no dispongo de tiempo. Además he estado en América una temporada larga.

—Si no recuerdo mal —dijo Warming, —usted era pintor.

—Era. Después me casé. Esos correos en los acantilados de Douer son mi familia.

—Buenos correos—observó el procurador,—aun cuando me duele verlos allí.

—Que duren tanto como el acantilado, si es preciso—exclamó Isbister con satisfacción.—El mundo cambia. Cuando *él* se durmió, hace veinte años, yo discurría por Boscastle con una caja de colores y una noble y constante ambición. No esperaba que mis pinturas serían la gloria de toda la bendita Inglaterra, desde Land's End hasta el Lizard. La fortuna viene cuando menos se la espera.

Warming pareció dudoso acerca de la calidad de la fortuna.

—Si mal no recuerdo, le he visto á usted otra vez.

Usted fué conmigo en el ómnibus que nos llevó á la estación de Camelford. Era á últimos del Jubileo... el jubileo de Victoria, porque recuerdo las tribunas y gallardetes en Westminster, y la multitud en Chelsea.

—Las bodas de Diamante—dijo Warming;—las segundas.

—¡Ah, sí! El pleno jubileo... por el año cincuenta. Yo vivía entonces en Wookey... un muchacho; echo de menos todo aquello... ¡Qué algazara hicimos! Mi patrona no quería tenerle... ¡estaba tan raro, tan rígido! Tuvimos que llevarle á la fonda en una silla. Y el médico de Boscastle... no el que está ahora, sino su antecesor... estuvo á su lado hasta las dos y el fondista y yo sosteniendo las luces.

—¿No fué al principio un ataque cataléptico?

—¡Completo!...allí donde se le inclinaba, allí permanecía. Se le hubiera podido fijar de cabeza en el suelo sin que se moviese. Jamás he visto semejante accidente. Esto—y señaló la postrada figura,—es del todo distinto. Naturalmente, el médico... ¿cómo se llamaba?

—¿Smithers?

—Sí, Smithers... estuvo desacertado, tratando de traer-

le á la vida demasiado pronto. ¡Lo que aquel hombre hizo! Aun en este momento se me ponen los pelos de punta. Mostaza, papeles encendidos, acupunturas... Y una de aquellas bestiales cosas, no dinamos...

—Hilos inductivos...

—Sí. Hubiera usted visto sus músculos contraerse y encogerse, y todo el cuerpo retorciéndose. Había encendidas dos velas, de luz amarillenta, y todas las sombras temblaban... el médico nervioso, y saltando, y *él*... tieso y rígido de la manera más extraña. ¡Ca! ¡si parece como un sueño!

Pausa.

—Es un estado extraordinario.

—Una especie de completa ausencia—dijo Isbister.—Allí está el cuerpo, vacío. Ni muerto ni vivo. Como una silla vacía con el rótulo «ocupada». Ni sentimiento, ni digestión, ni movimientos cardíacos... nada. Me causa la impresión de que no hay hombre presente. En un cierto modo está más muerto que vivo, pues los médicos dicen que hasta ha cesado el crecimiento del pelo. Y bien en la muerte efectiva, el pelo continúa creciendo...

—Ya sé—dijo Warming con un detalle de pena en su expresión.

Miraron de nuevo á través de los cristales. Graham estaba realmente en un extraño estado, en un éxtasis, pero un éxtasis sin precedentes en la historia de la medicina. Las catalepsias habían durado todo lo más un año hasta entonces, pero al cabo de este tiempo, había sobrevenido la reacción ó la muerte; á veces, antes la primera y después la segunda. Isbister observó las huellas dejadas por las inyecciones nutritivas, pues se había tratado el caso como un colapso de indefinida duración; se las señaló á Warming que afectaba no verlas.

—Y mientras él yacía aquí—dijo Isbister,—yo cambiaba mis planes de vida; me he casado, me he creado una familia, mi hijo mayor... entonces no pensaba yo en hijos... es un ciudadano americano, y en vías de hacerse una posición. Mis cabellos están matizados de blanco. Y este hombre, ni un día más viejo, ni más experimentado,

practicamente, que yo era en mis tempranos años. Es curioso pensar en esto.

Warming volvióse.

—Yo también me he hecho más viejo. Jugaba con él á la pelota cuando yo era un chiquillo. Y todavía parece un hombre joven; un hombre joven por todos conceptos.

—Y hemos tenido la guerra—dijo Isbister.

—Desde el principio al fin.

—Y la venida de los marcianos.

—Tengo entendido—dijo Isbister después de una pausa,—que poseía una pequeña fortuna.

—Así es—dijo Warming; y tosiendo preparatoriamente dijo:—Yo la administro.

—¡Ah!—Isbister pensó, dudó, y dijo:—¡No dudo... su estancia aquí no debe ser costosa... no dudo que habrá ahorrado... acumulado!

—En efecto. Despertará mucho más rico... si despierta... que cuando se durmió.

—Como hombre de negocios—dijo Isbister,—el pensamiento ha acudido naturalmente á mi imaginación. A veces he pensado que, comercialmente hablando, este sueño le puede ser más ventajoso que si hubiera vivido...

—Dudo que pensase tanto—interrumpió Warming.—No era hombre de previsión. Al contrario...

—¿Sí?

—Diferíamos en ese punto. Yo le era en cierto modo así como un tutor. Usted conocerá lo bastante en negocios para comprender que esto origina rozamientos... Pero de todos modos cabe la duda de si despertará. Ese sueño extenua; lentamente, pero extenua. De un modo insensible se consume lentamente, muy lentamente... ¿me comprende usted?

—Es una lástima no presenciar su sorpresa al despertar. Han ocurrido una porción de cambios durante estos veinte años.

—Sí—dijo Warming.—Ciertamente han ocurrido una porción de cambios. Y, entre otras cosas, he cambiado yo. Soy un viejo.

Isbister vaciló un momento y luego aparentó una fingida sorpresa.

—¡No había caído en ello!

—Yo tenía cuarenta y tres años cuando sus banqueros... usted recordará que telegrafió á sus banqueros... me enviaron...

—Encontré la dirección en su libro de notas—dijo Isbister.

—Bueno la suma no es difícil—añadió Warming.

Hubo otra pausa, é Isbister se dejó arrastrar por una invencible curiosidad.

—Esto puede continuar muchos años todavía—dijo después de un momento de vacilación.—Debemos tenerlo en cuenta. Sus haberes, usted comprenderá que pueden caer algún día en manos... de cualquier otro.

—Este, créame usted, Mr. Isbister, es uno de los problemas que más me preocupan. No tengo pariente alguno digno de una completa confianza. Esta es una situación improcedente.

—En efecto—dijo Isbister.—En este caso convendría confiarse á un funcionario público... si se encuentra.

—O mejor á alguna pública institución de las que no mueren nunca... el Museo Británico, ó el Real Colegio de Medicina, por ejemplo. Esto parece raro... pero todo el asunto lo es.

—Lo difícil es que acepten.

—Interminables trámites... ¿eh?

—En parte.

Pausa.

—Ciertamente es un caso curioso—dijo Isbister.—Y los intereses compuestos harán elevar la fortuna considerablemente.

—En efecto—dijo Warming.—Y ahora que el dinero va adquiriendo tanto valor, la tendencia será progresiva.

—Ya lo sé—dijo Isbister haciendo una mueca.—Pero mejor para él.

—Si despierta.

—Si despierta—repitió Isbister.

—¿Se ha fijado usted en el puente de su nariz, y cómo caen sus párpados?

Warming miró y pensó unos momentos.

—Dudo que despierte—dijo por último.

—Jamás he podido comprender la verdadera causa de esto—dijo Isbister.—El me habló de excesos de trabajo mental. Con frecuencia he sentido curiosidad.

—Era hombre de excepcionales dotes, pero espasmódico, y muy impresionable. Había tenido grandes sinsabores domésticos, se divorció de su mujer, y pareció serle un alivio, después de esto, el ocuparse en asuntos políticos de la especie más violenta. Era un fanático radical... socialista... ó liberal típico, como ellos se llaman, de la escuela avanzada. Enérgico... precipitado... indisciplinado. El exceso de trabajo á propósito de una controversia le trajo á esto. Recuerdo el folleto que escribió... una curiosa producción. Violento, arrollador. Allí había una ó dos profecías. Algunas se persiguen, otras son hechos establecidos. Pero lo más principal de la tesis, era demostrar que el mundo está lleno de cosas no anticipadas. Tendrá mucho que aprender, mucho que olvidar cuando despierte. Si es que despierta.

—Daría cualquier cosa por estar aquí—dijo Isbister,—sólo por oír lo que diría.

—Y yo también—dijo Warming.—¡Ay... cuánto lo quisiera!—con la súbita vuelta á la compasión de un anciano por sí mismo.—¡Pero no le veré despertar!

Contempló pensativamente la inerte figura.

—¡Jamás despertará!—dijo por último, y suspiró.—¡Jamás despertará!

CAPITULO III

EL DESPERTAR

Pero Warming se equivocaba de medio á medio. El despertar llegó.

¡Qué cosa tan admirable! ¡Aquella sencilla, aparente unidad—el yo! ¡Quién puede marcar su reintegración, despertando día tras día, la intervención de sus innumerables factores, la reconstrucción, las primeras confusas

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

vibraciones del alma, el crecimiento y síntesis de lo inconsciente á lo subconsciente, de lo subconsciente al crepúsculo de la conciencia, hasta que por último el yo se reconoce á sí mismo? Y como nos ocurre á la mayoría después de una noche de sueño, lo propio le ocurrió á Graham después de su larguísimo letargo. Una confusa nube de sensación tomando forma, una tristeza indefinible... y se encontró, vagamente, no sabía dónde, postrado, débil, pero vivo.

La peregrinación hacia un ser personal pareció atravesar vastos abismos, ocupar épocas. Gigantescos sueños que fueron realidades en el tiempo, dejaban vagas memorias llenas de perplejidad, extrañas creaciones, escenas extrañas como pertenecientes á otro planeta. Tuvo también la distinta impresión de una momentánea conversación, de un nombre— no podía decir cuál,—que iba subsiguientemente á ofrecérsele á la memoria; de una rara y largamente olvidada sensación de venas y músculos; de un sentimiento, de un grande y desesperado esfuerzo; el esfuerzo de un hombre próximo á sumergirse en la oscuridad. Luego siguió un panorama de deslumbrantes y variables escenas.

Graham se percató de que tenía abiertos los ojos y miraba algo desconocido.

Era algo blanco, el límite de algo, un bastidor de madera. Movi6 la cabeza lentamente siguiendo el contorno de la forma. Fue más allá de la altura de sus ojos. Trat6 de pensar dónde se encontraría. ¡Pero qué importaba, dado su infortunio! El color de sus pensamientos era de una negrura atroz. Sintió la indefinible miseria del que despierta á la hora del alba. Parecíale de una manera indecisa, oír murmullos y pasos que se alejaban precipitadamente.

El movimiento de su cabeza implicó una percepción de extrema debilidad física. Supuso que estaba en cama en la fonda del lugar... no podía recordar aquella valla blanca. Debía haber dormido. Entonces recordó que había tenido grandes deseos de dormir. Recordó el acantilado, y luego haber hablado algo con un transeunte...
¿Cuánto había dormido? ¿Qué significaba aquel ruido

de ligeros pasos? ¿Y aquél crecer y decrecer semejante al murmullo de las olas sobre una playa de guijarros? Extendió una lánguida mano para buscar su reloj en la silla donde acostumbraba á poner la ropa, y tocó algo liso y duro como el cristal. Aquello era tan inesperado que le impresionó extremadamente. Repentinamente dió una vuelta, se detuvo un momento, y consiguió sentarse. El esfuerzo fué excesivo y le dejó aturdido y débil.

Se frotó los ojos. Todo cuanto le rodeaba era confuso, pero su mente estaba enteramente clara; indudablemente el sueño le había sido beneficioso. No estaba en una cama, como él creía, sino tendido desnudo en un suave y mullido colchón, en una vitrina de cristales oscuros. El colchón era algo transparente, hecho que observó con extraña sensación de inseguridad, y debajo había un espejo reflejándole con un tono gris. Sobre su brazo—y observó con extrañeza que su piel era extrañamente seca y amarillenta—estaba colocado un curioso aparato de frotación, tan ingeniosamente dispuesto que parecía pasar por su piel por arriba y abajo. Y este extraño lecho estaba colocado en una caja cubierta de cristales de matiz verdoso (según le pareció), y con blancos montantes que le llamaron grandemente la atención. En un ángulo de la caja había un vasar con brillantes y delicados instrumentos, de aplicación desconocida para él la mayor parte, aun cuando pudo reconocer dos termómetros de máxima y mínima.

El ligero tinte verdoso de la substancia semejante al cristal que le rodeaba por ambos lados oscurecía lo que había detrás; pero pudo observar que era un vasto departamento de apariencia espléndida y con un ancho y sencillo arco blanco enfrente. Pegadas á las paredes de la jaula había artículos de decorado, una mesa cubierta con un tapete plátado—el plateado del lomo de un pez,—un par de sillas de airosa forma y en la mesa cierto número de platos con algunas substancias apiladas en ellos, una botella, y dos vasos. Se dió cuenta de que tenía un hambre atroz.

No veía á ningún ser humano y, después de un intervalo de vacilación, se echó fuera del translúcido colchón,

y probó á tenerse en pie en el limpio y blanco pavimento del reducido local. No calculó sus fuerzas, se tambaleó y tendió la mano al cristal de enfrente para sostenerse. Por un momento cedió á su contacto doblándose hacia afuera como una vejiga que se distiende, luego estalló con ligero ruido y se desvaneció como una burbuja de jabón. Salió al espacio libre, lleno de asombro. Se apoyó en la mesa para sostenerse, derribando uno de los vasos que cayó al suelo—y rebotó sin romperse—y luego se sentó en una silla.

En cuanto se hubo repuesto un poco, llenó un vaso del líquido que había en la botella y lo apuró de un sorbo; era un líquido incoloro, pero no agua, con un débil y agradable aroma y gusto y de propiedades prontamente confortivas y estimulantes. Dejó el vaso y miró en torno suyo.

El departamento no había perdido nada de su grandeza y magnificencia, una vez desaparecida la verdosa transparencia de los primeros momentos. Un pasillo en forma de arco conducía á una escalinata que descendía, sin puerta intermediaria, á un espacioso corredor transversal. El corredor se deslizaba entre pulimentadas pilastras de una substancia azul ultramar veteada de blanco, y á lo largo de él llegaban humanos rumores, y voces, en las que dominaba un zumbido persistente. Ya enteramente despierto, escuchó con atención, olvidando los alimentos que tenía delante.

Después, con alarma, recordó que estaba desnudo, y mirando alrededor buscó un abrigo, vió una amplia túnica negra en una de las sillas próximas, envolvióse en ella, y sentóse de nuevo, temblando.

Su mente estaba aún llena de perplejidad. Evidentemente había dormido y sido trasladado durante su sueño. Pero ¿adónde? ¿Y quién era aquella gente, la distante multitud, á la otra parte de los pilares azules? ¿Estaba en Boscastle? Tendió la mano y apuró otro vaso del líquido incoloro.

¿Qué lugar era aquél que á sus sentidos parecía vibrar sutilmente como una cosa viva? Volvió á mirar en torno suyo y en la hermosa forma del aposento, sin ornamento

alguno, vió que el techo estaba agujereado en un punto, el centro de una cúpula llena de luz, y, al fijarse, una firme y sinuosa sombra oscureció la cúpula y pasó; de nuevo vino y volvió á pasar. Esta tortuosa sombra tenía una nota peculiar, suya, en el reprimido tumulto que llenaba el aire.

Quiso gritar, pero tan sólo un débil sonido se produjo en su garganta. Entonces se puso en pie, y con vacilantes pasos de un ebrio se dirigió hacia el arco. Quiso descender las escalinatas, se le enredó un pie en la orla de la túnica que se había puesto, y no cayó porque se apoyó en uno de los pilares.

El corredor ofrecía en toda su extensión una perspectiva de azul y púrpura, y concluía remotamente en un espacio limitado por una balaustrada como una terraza, brillantemente iluminada, y proyectando en una especie de niebla, un espacio semejante al interior de algún gigantesco edificio. Mucho más lejos se columbraban vastas y vagas formas arquitectónicas. El tumulto de voces se oía claro, y en la terraza, y vueltos de espaldas á él, gesticulando y aparentemente en animada conversación, se veían tres figuras, ricamente ataviadas con amplias y cómodas vestiduras, de alegres y suaves colores. El rumor de una gran multitud subía hasta la terraza, y en una ocasión pareció pasar el extremo de una bandera, y otra vez, un objeto brillantemente coloreado; un gorro azul pálido, ú otro adorno lanzado al aire, subió para volver á caer luego. Los gritos parecían ser proferidos en inglés, y dominaba la palabra «¡Despierto!» Oyó algún indistinto chillido, y de pronto los tres hombres empezaron á reír.

—¡Ja, ja, ja!—rió uno de ellos; un hombre de rojizo pelo que vestía una corta túnica color púrpura.—¡Cuando el dormido despierte!... ¿cuándo?

Volvió sus rientes ojos hacia el corredor. Su expresión cambió, todo su ser cambió, se quedó rígido. Los otros dos volvieron la cabeza á su exclamación, y permanecieron inmóviles. Sus rostros tomaron una expresión de consternación, una expresión que tendía á convertirse en medrosa.

De pronto las rodillas de Graham se doblaron, la mano asida al pilar cayó inerte, tambaleó adelante y rodó por el suelo.

CAPITULO IV

EL RUMOR DE UN TUMULTO

La última impresión de Graham, al desmayarse, fué la de un ruidoso clamoreo de campanas. Después supo que había estado insensible, suspendido entre la vida y la muerte, cerca de una hora. Cuando recobró los sentidos, estaba tendido en su transparente colchón, y sentía un saludable calor en el corazón y en la garganta. El aparato que llevaba al brazo había desaparecido, ocupando su puesto un vendaje. Los blancos bastidores se veían aún, pero la verdosa y transparente substancia que encajaba en ellos, no estaba ya. Un hombre con vestiduras de color violeta oscura, uno de los que había visto en la terraza, le contemplaba intensamente.

Remoto, pero insistente continuaba el clamoreo de las campanas y otros confusos sonidos, que le parecieron como el resultado de una gran multitud gritando á un tiempo. Algo pareció alejar este tumulto; una puerta súbitamente cerrada.

Graham movió la cabeza.

—¿Qué significará todo esto?—dijo lentamente.—¿En dónde estoy?

Vió al hombre de pelo rojizo que había sido el primero en descubrirse. Una voz pareció preguntar que qué decía, pero se le impuso silencio bruscamente.

El hombre del color violeta, contestó con una suave voz, hablando en inglés, pero con acento ligeramente extranjero, ó que sonó así en los oídos del durmiente:

—Está usted completamente seguro. Se le trajo á usted del lugar donde quedó dormido. Está usted seguro.

Ha estado usted aquí algún tiempo... durmiendo. En un éxtasis.

Dijo algo más que Graham no pudo oír, y una pequeña redoma le fué tendida por encima de él. Graham sintió una sensación de frescura, una fragante niebla se cernió un momento sobre su frente, y su sentimiento de mejoría aumentó. Cerró los ojos con satisfacción.

—¿Se siente usted mejor?—dijo el de color de violeta cuando Graham abrió los ojos. Era un hombre de agradable rostro, de unos treinta años, con una barba puntiaguda y un broche de oro en el cuello de su túnica violeta.

—Sí—dijo Graham.

—Ha estado usted durmiendo algún tiempo. En estado cataléptico. ¿Lo oye usted? Cataléptico. Quizá le extrañe á usted al principio, pero puedo asegurarle á usted que todo va bien.

Graham no contestó, pero aquellas palabras consiguieron su propósito tranquilizador. Sus ojos recorrieron uno tras otro los tres rostros que tenía delante. Estos le miraban de un modo extraño. Conocía que debía estar en algún lugar de Cornwall, pero no podía compaginar ciertas cosas con esta impresión.

El recuerdo de algo que había estado en su mente durante sus últimos momentos de vigilia en Boscastle, surgió en ella; una cosa decidida y no llevada á cabo.

—¿Han teleografiado ustedes á mi primo?—preguntó.—Warming, Chaucery Laue, 27?

Todos escuchaban atentamente. Pero tuvo que repetirle.

—¿Qué dejo más raro hay en su acento!—murmuró el hombre de pelo rojizo.

—¿Telegrafiar, señor?—dijo el joven de la barba puntiaguda evidentemente intrigado.

—Quiere decir enviar un despacho eléctrico—observó el tercero, plácido jovencillo de diez y nueve á veinte años.

El de la barba puntiaguda lanzó una exclamación.

—¿Que estúpido de mí! Esté usted seguro de que todo se hará, señor—dijo á Graham.—Me temo que va á ser difícil... telegrafiar á su primo. No está ya en Londres.